

Un llanto desgarrado y mil frases que salieron de él

JaviManjarres

Presentado por

Poemas del Alma 

índice

Poema a mi madre

Poema a mi padre

Dile que la amo

Me extraño

He decidido

El carnicero

El futuro

Soy

¿Puedo?

Usted es un libro

¿Soy tonto?

Tu llanto, tu silencio

Menos de lo que me gustaría

Soy II

El disfraz de mi calma

Laberintos sin nombre

Solo rendición

Lo que no menciono

El desconocido en el espejo

Liturgia de la noche

Acompañarnos a estar solos

Versos del espejo roto

Necesidad insana

La existencia

Nuestro refugio

Al acercarse a mí

Querida

Poema a mi madre

Mi madre también está rota,
por culpa de mi padre.
Pero no se alarmen,
él es inocente;
su único pecado
fue no ser más astuto que la muerte.
A veces, los daños sin intención
son los que más hieren.
¿Cómo se sigue viviendo
cuando el amor de tu vida
se te escapa entre las manos,
y el aire que compartían
se convierte en vacío?
Pero mi madre,
mi madre conquistó la vida
con una sonrisa
hecha de valentía,
con humor como escudo.
Hizo de las piedras monumentos
y de la nada, grandes momentos.
No entiende de versos ni de prosa,
pero es una novela en carne viva,
un poema que no se acaba,
la protagonista del abrazo
que nunca quiero soltar.

Poema a mi padre

Mi padre, un hombre brillante,
de palabras ágiles
y sonrisa sincera.
Su carisma atraía como un imán,
su humor, certero como un disparo.
La abogacía lo esperó por años,
pero él nunca llegó a la cita.
Tenía otros compromisos:
fiestas interminables,
ron en la mano,
merengue y salsa en sus pies.
Y, ¿qué hay de malo en eso?
Nada, diría yo,
si ya sabía que la muerte
le tenía un boleto de ida.
A los 23 se fue,
se fundió con el mar,
y al marcharse,
visitó a mi madre.
Le susurró:
"cuida al niño".
Y hoy, ese niño sigue extrañando
el rostro de un padre
al que nunca llegó a conocer.

Dile que la amo

Caminé por los cielos
buscando el eco de tu mirada.
Con mis pisadas
desaté la lluvia,
y la tierra se abrió
para exhalar rosas,
amapolas y claveles.
Le brotaron girasoles,
y me dio las gracias.
Le pregunté si te había visto;
me dijo que habías partido
de este mundo
y de mi lado.
Lloré en silencio
y seguí mi camino,
en el cielo,
buscando tu rumor.
Tomé un puñado de estrellas
para ofrecerle a la luna,
y le pedí,
"Dile que la amo".
Le pagué con ellas,
y me quedé solo,
mirando su brillo
perderse en la distancia.

Me extraño

Me extraño.

Casi como si me hubiera perdido.

Me extraño como se extraña un amor:
con dolor y melancolía.

No lo comprendo.

¿En qué momento me desdibujé?

¿Dónde distorsioné mis propios sentidos,
mi sensibilidad y mis pensamientos?

Sé que me extraño a mí,
porque este sentimiento no tiene nombre ni rostro;
no tiene voz, ni olor.
No distingo color de piel,
ni ademanes que lo definan.

La silueta que extraño
es inerte, impávida, insípida,
un bulto de sueños vagabundos
y nauseabundos.

Me extrañaba.

Ahora, ni siquiera quiero verme.

He decidido

He decidido suicidarme,
y buscar amores donde nunca me quisieron,
he decidido hallar en miradas ajenas
el abismo de mis nuevas pesadillas.
He decidido atormentarme
con futuros que sé que no existen,
he decidido extrañar la mirada
que nunca se detuvo en la mía.
Repeler aquellos ojos
que siempre me han visto,
y darle un voto a la locura,
a todo lo que sensato jamás haría.
Porque he descubierto que la naturaleza
grita más alto que las palabras sabias,
que en su caos y en su ira
resuena una verdad que me consume.

El carnicero

Un cuchillo afilado basta
para delinear el corte de mis sueños
y así separarlos de mí.

Una libra de corazón
haría falta para completar
el plato favorito
de quien nunca me amó.

Un costillar entero,
con cartílagos incluidos,
no bastaría para suspirar
lo que duelen las noches.

¿Quién es el carnicero?
Quisiera felicitarlo.
Ha perfilado bien las carnes,
el peso es el adecuado
para seguir viviendo
y muriendo al mismo tiempo.

No, ya no quiero vísceras.
Me he hastiado de ellas.
Después de todo,
en ellas se concentró el recuerdo
de lo que no pudo ser,
y me desgarró al partir.

Uno debe reconocer
cuándo queda
con la suficiente esperanza
para ir al doctor
y tratar de prolongar la vida,

o cuándo ir al carnicero
y convivir con la tortura
del despedazamiento.

El futuro

Nadie ha aguardado tanto por mí.
En ningunas manos he sentido más incertidumbre
que en las frías garras de este guionista.
Y qué pena que se haga llamar artista,
porque en sus manos yace la obra de la desgracia.
En sus silencios mueren la paz y la certidumbre.
En sus luces se apagan otras estrellas,
y en sus cielos infinitos se pierden miradas,
miradas que un día soñaron.
El futuro, mago o brujo,
dios o demonio,
misterio o sapiencia,
prepara en su fuero la siguiente página
con el ayer que nos aquejó,
ese ayer que en algún momento fue "mañana".
No tengo certezas sobre este personaje,
salvo que hay en su proceder
una cuota de rara benevolencia,
más una cuota de incomprensible injusticia.
Entonces, me quedo de manos atadas,
contemplando el cielo,
aquel lienzo donde se buscan
vestigios del destino,
pero me encuentro con el frío muro
del futuro, que se establece
con cada segundo,
con cada palabra,
con cada pensamiento.
Es un círculo vicioso.
¡Aguarden!
He descubierto que vivimos atrapados
en un eterno futuro.
El presente es una ilusión.

Soy

Soy un cúmulo de pedazos,
recuerdos rotos,
echados a la papelera
como cartas sin destino.
Soy el balde donde caen
mis lágrimas dormidas,
la bóveda callada
de nudillos
destrozados por la impotencia.
En mis ojos
se han gastado los pesares,
y el aliento,
deshecho en suspiros,
espera aún
una sorpresa
que me ilumine.
Soy el mapa desgarrado
de la memoria:
mis caídas,
mis errores,
todo lo que fui,
todo lo que ya no.
Todo lo que quise
y aún no tengo.
Soy todavía
un camino sin explorar,
una ruta
que no se atreve a comenzar.
Tal vez,
soy un amor sin vivir,
o un amor
que jamás vivirá.
Pero soy,

ante todo,
el imperfecto intento
de hacer lo mejor
con lo que hay,
o morir
en el intento.

¿Puedo?

¿Puedo poner en consideración
un sentimiento?
El de reconciliarme conmigo.
Si se me permite
volver a pisar mi interior,
prometo no hacerme tanto daño.
Prometo, además,
no soñar más sin estar despierto.
Prometo ¿esta vez en serio?
no enamorarme tontamente;
ni enamorarme inteligentemente.
Ambas terminan mal.
Debo prometer
(sí, porque es un deber)
que me escucharé solo lo suficiente
y me mandaré a callar
cuando sea necesario.
Puede que abuse
de mi propia hospitalidad
y me insulte de más;
puede que abuse
de mi amor propio
y me crea algo más de lo que soy.
También prometo
comprometerme con mis sonrisas,
pero primero debo atraparlas
y estar atento
para que no se vayan de nuevo.
Prometo convertir mis lágrimas
en gotas de sudor,
pero solo ante la gente;
en mi soledad
me veo obligado

a bañarme en el mar de mi llanto.

¿Por qué?

Porque siento

que no soy parte de nada,

y al mismo tiempo

pertenezco a un todo

que no termino de comprender.

Y si no lo comprendo,

por ende,

la gente parecerá no entenderme.

¿Por qué?

Bueno...

creo que ya han sido

muchas preguntas.

Usted es un libro

Usted es un libro
que me gustaría leer.
Los misterios de sus páginas
me acosan por la noche.
En la portada,
sus ojos me invitan
a un viaje
sin regreso claro.
¿Qué esconden sus páginas?
¿Cuál es el olor de su papel?
¿Qué árbol fue cortado
para fabricar sus hojas?
Y si fue así,
¿la tinta honró su textura?
¿Su pureza?
Oh, perdón...
¿dije pureza?
Pensará que intento seducirla,
ser elocuente,
convinciente,
un encantador de frases.
Es natural.
Pero el problema del amor
no es el corazón,
que se rinde ante la mirada
que lo desarma,
sino la mente,
que empieza a contradecirse,
a jugar trucos
que no sabe perder.
Me fui por las ramas.
Así pasa cuando estoy nervioso.
Volvamos.

Pregunta por pregunta.
La primera me entenece.
Preveo lágrimas,
soledad,
incomprensión.
En un mundo de sonrisas,
escucho gritos callados,
gemidos,
llanto
que un día quisiera consolar.
Claro que lo imagino.
Nunca lo he escuchado.
¿Soy tonto por eso?
No lo sé.
Pero cerca suyo
me vuelvo torpe.
¿Sabe por qué?
Porque me olvido de mí.
Mi mundo se apaga.
Dejo de ser frío
y pensante,
y me vuelvo cálido,
sensible,
expuesto.
¿El olor de su papel?
No es perfume.
Sería muy pobre sugerir eso.
Me refiero al aroma
de las experiencias,
los desengaños,
las veces que el corazón
se le ha roto.
Eso me intriga.
Usted me intriga.
Creo que por eso estoy perdido.
Porque la duda

y la incertidumbre
son la antesala del amor.
¡Qué extraño!
Tardé años en entenderlo.
¡Qué tontería!
¿Y el árbol?
Estoy seguro
de que vivía en mí.
Era parte de mí,
y sostenía algo esencial.
Lo sé porque usted
se lo llevó.
Lo sé porque me siento alterado.
Pero no de enojo.
Sino de conmoción.
De incoherencia.
Usted me altera
todo lo que, antes,
podía controlar.
Por eso su presencia me parece lejana:
la siento cerca,
pero no la tengo.
Usted ¿lo ratifico?
me despierta tanto
que solo puedo pensar
que es un libro
que quiero leer.
¿Y por qué un libro?
Porque amo leer.
Así como ¿tal vez?
me gustaría amarla a usted.

¿Soy tonto?

No suelo confesarme,
salvo cuando estoy perdido,
cuando el alma me pesa más que la piel
y el silencio es un eco sostenido.
Es entonces cuando le hablo
a mi asesino sin rostro,
y le digo que dispare,
que la razón ya no me sirve,
que la ha carcomido su sonrisa,
que sus miradas han erosionado
las murallas de mi juicio.
Mi corazón ya no me pertenece.
Late por inercia, por memoria,
por un nombre que no digo
pero que vive en cada sombra,
en cada aroma que me embriaga
sin fórmula ni esencia,
y que me recuerda
voces que nunca escuché,
pero que arden como verdad.
Ella ¿mi asesina?
caminando en círculos a mi alrededor,
entregándome muerte en pequeñas dosis,
como si el amor fuera un veneno
destilado gota a gota
en la herida abierta de mi existencia.
A ella le ofrecí mi cordura,
mi tesoro más frágil,
solo para tener el derecho
de pensarla unos segundos más.
¿Soy tonto?
Quizá.
Pero dime tú,

si existe una forma más dulce
y trágica
de morir lentamente.

Tu llanto, tu silencio

En el contorno de tu mirada
pasean las sombras de un quejido,
un trazo invisible de tristeza,
una puñalada silenciosa
hecha de signos de interrogación.
Un peso se adhiere a tu luz,
intentando apagar el ocaso y el alba,
sofocar el destello puro
que escapa de tus ojos,
y me arrastra consigo.
Presiento en ti lágrimas ocultas,
lágrimas tejidas en la soledad,
en medio de un mundo
que celebra sonrisas huecas
y olvida a quienes no saben fingir.
Las imagino haciendo a tu alma temblar,
llamando sin voz un baño de tranquilidad,
gritando preguntas
que solo el silencio puede traducir.
Nunca he escuchado tu llanto,
lo sé.
Pero lo siento,
como se siente el eco
de un temblor en la sangre.
Y a veces,
quisiera haber estado allí,
antes de que la tristeza
tuviera que aprender a esconderse.

Menos de lo que me gustaría

Desde que usted apareció,
mi vida siguió igual.
Las soledades no se hicieron
más llevaderas,
las noches no cambiaron
su mueca vacía.

Me despierto
como siempre:
triste,
hueco,
sin abrigo.
Mis rutinas son largas,
caminos sin destino.
Y las canciones:
cada una me tortura
de forma distinta.

Sin embargo,
cuando la veo,
algo en mí brinca:
el corazón y el cerebro,
al mismo tiempo,
saltan como niños
sorprendidos por la luz.

No abro la boca.
No le doy chance a la colisión
de sacar de mí alguna babosada
como que la quiero,
más de lo que esperaba,
pero menos
de lo que me gustaría.

Soy II

Soy, sin dudas,
lo que oculté bajo la piel
cuando nadie miraba,
cuando el cuarto estaba oscuro
y mis lágrimas subían al cielo,
buscando, con esperanza,
la recepción de un ser divino.
Soy cada duda
que dejé suspendida en el aire,
las inquisiciones lanzadas contra mí
sin conocerme,
sin preguntarse cómo me sentía.
Soy cada noche
en la que elegí callar
ante las miradas de juicio,
y las líneas escritas con mi nombre
pero no con mis acciones.
Soy eso
que parece no ser,
pero que se enfrenta
a la verdad,
sea cual sea.

El disfraz de mi calma

No soy lo que muestro,
ni lo que digo ser.
En eso miento sistemáticamente:
las sonrisas son solo portadas.
El contenido:
el silencio
de mil preguntas.
Preguntas sobre mí,
sobre lo que fui,
lo que seré,
y lo que soy
ante los ojos
de quienes dicen quererme.
No me decido
si esto duele,
si solo lastima,
o si me impulsa
a ser algo
que nunca he sido,
pero podría ser...
algo mejor.
He construido mi identidad
con silencios,
con evasiones,
con la cobardía
disfrazada de calma.
No soy las certezas
que otros ven,
ni la lucidez
de mi mirada.
Soy el eco
de lo que nunca
me atreví a pensar en voz alta,

y que suelto en forma líquida
cuando llega la soledad
y me desborda.

Laberintos sin nombre

He construido mi identidad
con silencios,
con evasiones,
con la cobardía
disfrazada de calma.
No soy las certezas
que los otros ven,
ni la lucidez
que aparenta mi mirada,
sino el eco
de lo que nunca
me atreví a pensar en voz alta,
y que suelto en forma líquida
cuando la soledad
toca a mi puerta.
Dentro de mí
habitan laberintos sin salida,
hechos de preguntas
que jamás me senté a contestar.
Y detrás de cada decisión,
un miedo antiguo,
uno que elegí ignorar,
creyendo ?ingenuamente?
que si no lo nombraba,
dejaría
de doler.

Solo rendición

No hiciste nada para herirme, lo sé.
Tampoco escribiste con tinta en mi historia.
Solo viviste cerca,
y te vi vivir.
Te vi sentir.
Te sentí viviendo.
Caminabas con tu luz por el mundo,
y en cada paso,
tu sombra caía sobre mis ojos.
Mis ojos que te miraban con ternura,
con amor,
con todo eso que nunca tuve para mí.
Me hacías feliz con tus risas,
aunque no eran mías,
aunque no hablaban de mí.
Aun así,
las atrapaba como migajas de un recuerdo
que nunca querré soltar.
Tu indiferencia no dolía por cruel,
sino por natural.
Y así entendí mis lágrimas,
los caminos que abrían en mi mente
para llevarte al corazón.
Reduciendo el polvo que me hacía llorar,
empecé a ver con más claridad
el sendero de mi derrumbe.
Tu existencia vino a mostrarme
todo lo que nunca seríamos.
Tu presencia no fue alivio,
fue un espejo roto:
la promesa que no se cumple,
la belleza que no se alcanza.
Mientras tú respirabas como si nada,

yo me apagaba
sin ruido.
Al final, no sentí odio.
Solo rendición.
Porque entendí ?
con dolor,
con amor,
con derrota?
que tu vida
solo tuvo sentido
en la medida en que me llevó
lentamente
a desaparecer.

Lo que no menciono

No soy lo que muestro,
ni lo que digo ser.
En eso miento sistemáticamente,
porque las sonrisas son solo una portada
y el contenido es el silencio de mis mil preguntas,
preguntas sobre mí,
sobre lo que fui,
sobre lo que seré;
incluso me pregunto qué soy
ante los ojos de quienes dicen que me quieren.
Y no me decido si eso duele,
o solo me lastima,
o quizá me motiva a ser algo
que nunca he sido,
pero puede ser mejor.
Dentro de mí habitan laberintos sin salida,
hechos de preguntas que jamás me senté a contestar.
Y detrás de cada decisión hay un miedo antiguo,
uno que elegí ignorar
creyendo que, si no lo nombraba,
dejaría de doler.

El desconocido en el espejo

Tenía miedos hace tiempo,
no simples miedos,
sino larvas de mí mismo,
futuros posibles revolviéndose
en la penumbra de mi conciencia.
Por eso, cuando me miro en el pasado
y atravieso los valles sombríos del recuerdo,
siento una pena suave,
una pena que no hiere, que arropa,
una melancolía lúcida que comprende
que alguien se rindió ante la imposibilidad de ser,
y en esa rendición halló refugio.
Los miedos se desvanecieron
con los inviernos interiores,
copos de nieve fundiéndose
en el calor de las experiencias
que guardé en mi médula.
De ese deshielo brotó en mí
una nueva alma,
una criatura gemela,
nacida de mis brasas y de mis ruinas,
de la pasión incandescente,
de la esperanza absurda
en las sonrisas y en el amor
que prometía redención.
No sé con exactitud
en qué me transformó esa metamorfosis,
pero sé que me obligó
a sostener la mirada sobre mi propio abismo.
Allí descubrí un ser frío, casi mineral,
que balbuceaba desde el fondo de mis vísceras,
moviéndose como un espectro
entre la realidad y las ideas,

despojándose de los afectos,
entendiendo finalmente
que no somos nosotros quienes abrimos las puertas,
sino que la puerta decide
si seremos dignos de cruzarla.
Hoy, al mirarme en el espejo,
encontré a un desconocido
que contempla sin nostalgia lo que ya no es,
alguien que intuye
que lo que es ahora
es precisamente lo que debía ser.
Y en ese instante último,
la pregunta que me devoraba ¿quién soy??
no halló respuesta en palabras,
sino en un silencio esencial,
en una quietud donde el ser se disuelve
y al mismo tiempo se revela.

Liturgia de la noche

Hay algo acerca de la noche
que me inquieta,
incluso cuando el sol,
esa estrella arrogante,
pretende iluminar el día.
Es la sensación de arropo
de un manto traicionero,
un manto en quien he confiado
tantas lágrimas,
confesiones,
malas decisiones
que me acercan, casi con ternura cruel,
a mi humanidad.
Es el silbido tortuoso
de un verdugo sin rostro,
paseándose por los pasillos
de mi corazón,
lanzando una moneda al aire,
sorteando mis próximos llantos,
apostando con mi fragilidad.
Noche,
tú que tanto me has consolado,
¿por qué siento que te marchas
justo cuando más te necesitaba?
Silencio,
¿por qué me gritas a voces
que no puedo callarme,
incluso cuando ya me he quedado
sin argumentos?
Estrellas,
¿por qué se fue su brillo
de mis ideas,
dejándome a merced

de la clarividencia brutal
de un destino que juega cartas
con mis sentimientos
y se sirve tragos con mis lágrimas?
Intento encender las luces,
aunque ya he transitado estos senderos,
los conozco,
los he recorrido con pies heridos,
pero me pierdo al encontrar
los retratos de ese frívolo ayer,
un ayer que encapsula
una versión de mí
que, humanamente,
ya no debe existir:
llena de amor,
compasión,
y un mar de lloros
dispuesto siempre
a la sensibilidad de la vida.
En cambio,
me queda la sombra de una mirada
que solo sueña con el ocaso,
no con el amanecer;
una mirada que ansía
descubrir sus ábsides secretos,
y ya no, al parecer...
lo que antes le solía estremecer.

Acompañarnos a estar solos

La soledad se volvió
un visitante recurrente,
uno que me place recibir.
En medio de voces
que me gritan,
que me exigen dejar de respirar dolores,
de vivir de preguntas,
surge la necesidad de saber
por qué en tu mirada trémula,
perdida, cristalina, empañada,
se dibujan los trazos
de las palabras
que quizá necesito escuchar.
¿Por qué no dejar, entonces,
nuestras soledades a un lado,
nuestros mundos fragmentados,
y acompañarnos a estar solos?
Después de todo,
incluso la soledad
requiere compañía:
una voz ligera o grave
que trace un nuevo camino
de ideas desconocidas,
de lágrimas no dichas.
Quizá en el sendero del dolor
uno encuentre en el otro
el apaciguador del suyo propio.
No hablo de coincidencias
más allá del instante,
ni del sentimiento que se desborda:
para esta compañía
hay que comprender
que la bruma ya es espesa,

y un exceso rompería el hechizo.
Somos dos almas
que solo deben acompañarse
mientras descifran
para qué sirven
los pedazos rotos que les quedan.

Versos del espejo roto

Yo no veo reflejo en el cristal,
sino un sendero donde la luz se va,
cargando susurros de llanto callado,
vasijas de lágrimas, sueños quebrados.
Allí murieron mis fuerzas, mi fe,
y no sé en qué punto se extravió el porqué
de aquellos pasos que fueron esperanza,
hasta que el destino huyó de su danza.
Solo me queda la confusión,
la melancolía de una ilusión,
de extrañar algo que nunca fue mío,
como un espejismo, como un desvío.
La dicha y la risa se prostituyen,
seducen, prometen, pero luego huyen.
Me aparto del espejo, y tras de mí
un vacío persiste, aún está allí.
Creí haberlo llenado hace tiempo,
con sueños, vivencias, algún intento,
pero eran tan leves como el aire,
que se llevó todo sin dejar nadie.
Nada quedó. Nada me mintió.
Porque todo, en verdad, nunca existió.

Necesidad insana

¿Cómo era aquella historia
en la que yo me encontraba
a través de mi dolor?
¿En qué sentidos se tejieron
nuestros caminos
para que en el cruce
se me escaparan las lágrimas?
La razón de mis preguntas
es la eterna necesidad insana
de tener que definirnos
por medio de los vestigios
de alguien más.
No importa cuánto luchemos
contra ello,
ni cuánto orgullo
ni amor propio reclamemos.
Así es una parte del amor,
insano y tortuoso,
que nos empuja a buscar
en el espejismo de ciertas miradas
la lumbrera
que encamine nuestros sentidos.
No está bien.
No debería.
Pero es innegable
que se constituye una necesidad
de palpar de cerca ese dolor,
esa pieza que nos autodestruye,
que habita en alguien más.
¿Por qué?
No lo sé;
no valdría responder
una pregunta con otra.

A lo mejor,
es más conveniente
vivir con la duda,
con el aguijón estacado
y los ojos aguados,
esperando el siguiente estímulo
que haga que nuestras miradas
se pierdan
y se lleven consigo
todo de nosotros.

La existencia

La existencia es un abismo sin orillas,
una carretera que se extiende sin promesa,
un paso tras otro sobre un suelo que cede,
la obstinación de buscar algo que nunca llega.
La vida: un sueño que se deshace al nombrarlo,
una ficción necesaria para no caer despiertos.
Creemos en propósitos, en razones,
como quien enciende una luz para negar la noche.
Pero todo es transitorio.
La felicidad, un reflejo en el vidrio;
el amor se marcha en silencio,
el dolor aprende a quedarse.
Al final no queda sentido,
solo el peso de haber estado.
La existencia no redime ni castiga:
arrastra.
Y aun así insistimos?
hurgando en la vida, en la muerte?
con la duda intacta,
preguntándonos si este desgaste
mereció llamarse vivir.

Nuestro refugio

A veces nos refugiamos en la pena
como quien cierra la puerta
de una habitación conocida.
No es cómoda.
Es familiar.

El dolor, cuando insiste,
aprende la forma de un hogar:
oscuro, estrecho,
pero nuestro.

Desde ahí miramos el mundo
con un vidrio torcido,
creyendo que ese peso en el pecho
es todo lo que somos.
Olvidamos
¿o elegimos olvidar?
que antes de la herida hubo piel,
y que bajo las cicatrices
la luz no se extinguió.

Quien nos mira desde fuera
no carga nuestras culpas,
no oye las frases que nos repetimos
cuando la noche se queda despierta.
No escucha la autocrítica
ni el eco torpe del pasado.
Solo mira.

Y en esa mirada simple
hay una verdad que se nos escapa:
no somos nuestras penas,
somos aquello que las contiene,

lo que las atraviesa
sin agotarse en ellas.

Por eso duele ser vistos.
Porque el otro desarma
el relato con el que sobrevivimos.
Mientras nos definimos
desde la falta,
desde lo roto,
desde lo que no fue,
él percibe gestos,
silencios,
una forma única de estar.

Percibe un brillo
que no pide permiso,
que no necesita explicación.

Entonces surge la pregunta incómoda:
¿por qué somos tan crueles
con nosotros mismos?
¿Por qué creemos que la dureza
es una forma de justicia?

Tal vez porque la ternura
exige responsabilidad.
Aceptar que, incluso rotos,
seguimos siendo valiosos.
Que, incluso cansados,
seguimos siendo dignos de amor.

La mirada que merecemos
no es ciega ni indulgente.
Es honesta.
Reconoce el dolor
pero no se queda a vivir en él.

Entiende la pena como camino,
no como destino.

Mirarnos así
es un acto casi revolucionario:
dejar el refugio de lo que duele
para atrevernos a habitar
lo que somos.

Y quizá ahí esté la sanación:
no en borrar la pena,
sino en dejar de llamarla identidad.
Aprender a vernos
como nos ve quien ama sin condiciones.
Aprender, al fin,
a reconocernos
sin bajar la mirada.

Al acercarse a mí

Al acercarse a mí
usted notará cierta aura
que suele ser fascinante.
Es lo que sobra
del desconcierto de mi interior,
lo que brota por medio de mi silencio
y fija mi mirada
en un lugar
que para usted no existe,
pero en mí
está más que latente.
De ese lugar nace eso
que, a lo mejor,
usted encuentra interesante.
La sonrisa es falsa,
no la crea de a muchos;
solo que cuenta
con la extensión suficiente
para parecer genuina.
Mi tono y mi ritmo al hablar,
al principio,
son lentos,
buscando con cuidado las palabras.
No por planeación,
no por intenciones;
es más la inseguridad
de que brote alguna sombra,
alguna bruma
de lo que me invade.
¿Sabe?
En mis pasos encontrará
una seguridad parsimoniosa
que va dejando atrás

fragmentos de las memorias
que más me duelen
y los restos
de las preguntas
que más que asustan,
a las cuales voy desmenuzando
con la intención de erradicar.
Pero lo que consigo
es dejar esos pequeños restos,
que se van sembrando,
preparándose para germinar
un nuevo interrogante.
Créame cuando le hablo,
pues la sinceridad
viene con el dolor.
Míreme a los ojos:
los hallará sinceros.
Nada es más transparente
que un alma solitaria
que no sabe
que ama el dolor
a base de costumbre.
Siéntese un rato y hable,
puesto que los lastimados
que sonríen
saben más que nadie
cómo escuchar,
porque saben de empatía,
de tanto desearla.
Léame.
Luego olvídeme.
Entonces sabrá
que regresaré a su mente
con toda seguridad.

Querida

Mía.

No porque te tenga en mis manos,
sino porque no sales de mi corazón.

Celestial,
no porque vengas del cielo,
sino porque me haces sentir en él.

Iluminada,
no porque brilles,
sino porque alejas de mí la oscuridad.

Eterna,
no porque no tengas fin,
sino porque te llevaré en mí por siempre.

Perfecta,
no porque no tengas fallas,
sino porque aún en ellas
puedo sentirme tranquilo.

Enamorada,
no porque lo estés,
sino porque cuando me miras
me acerco a eso.

Querida,
te quedas lejos
en el ocaso de los días
y en las estrellas de la noche
cuando voy a dormir.

Te recupero
con la esperanza del nuevo día,
y cuando te veo
al fondo del pasillo
todo tiene sentido,
incluso los lunes desabridos.

Querida,
quiero poner en ti mis letras,

mis poemas.

Mi prosa te pertenece.

Te entrego mi literatura,

todo lo que he hecho de mí

con las palabras,

porque en la bajada de tu cabello

es donde dibujo mis versos.

Ellos se deslizan

sobre tu cuerpo pendular,

que no se decide

entre negarse y entregarse.

Pero mis versos son para ti,

aunque mis dedos

no toquen ni remotamente

tu feminidad,

porque te pertenecen,

así como te pertenezco yo.